

la necesidad de recurrir a la teología. Acabaremos comprendiendo así la relación interpersonal como el momento de autenticidad de la historia de salvación de Dios con los hombres, o como el fruto de la participación en la vida divina trinitaria tanto del yo y el tú, como de todos los que libremente acepten integrarse en la Comunión de los Santos.

El diseño de la portada, de Carla M. Tarnawski, nos muestra a Jesús con los discípulos de Emaús, dirigiéndose, según parece, al templo de la Sagrada Familia. El autor quiere aludir a la incorporación de toda relación interpersonal auténtica a la historia de salvación, ya que Jesús les explicaba los textos del Antiguo Testamento que se refieren a él, a su pasión, muerte y resurrección, y Antonio Gaudí, que vivía de estos hechos salvíficos, nos ofrece en su obra las bellas esculturas que, recapitulando la vida de Jesús, son expresión de la misma fe compartida por los cristianos actuales.—JAVIER MONSERRAT.

GARDNER, HOWARD, *Verdad, belleza y bondad reformuladas. La enseñanza de las virtudes en el siglo XXI* (Paidós, Barcelona, 2011). 299 pp.

Con este título tan sugerente, *Verdad, belleza y bondad reformuladas*, Howard Gardner, Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales (2011), nos regala su último libro. Conocido especialmente por su obra *Inteligencias múltiples*, Gardner explora en este ensayo tres virtudes esenciales para el siglo XXI. El prolífico psicólogo de Harvard destaca la necesidad de recuperar en el lenguaje profesional términos como verdad, belleza y bondad, pero admite que ya no pueden ser utilizados como se utilizaban en el pasado. Le incomoda, enormemente, el relativismo posmoderno y la derrota de los cánones estéticos y éticos, y trata de reformular, de una manera creativa, estos conceptos sin alinearse en una determinada escuela filosófica.

De hecho, el autor reconoce abiertamente que no tiene bagaje filosófico y que

explora un terreno que está más allá de su campo profesional, pero desde sus herramientas intelectuales trata de rehacer estos conceptos y darles, de nuevo, cabida en las organizaciones y en la vida profesional. Escribe Gardner: «Yo no tengo formación académica en filosofía, pero probablemente no es casual que siempre haya leído en primer lugar dos grupos de reseñas de libros: las que tratan sobre ciencias biológicas y las que versan sobre filosofía. Si a uno le interesa la naturaleza del conocimiento y cómo reflexionar sobre ella, los filósofos ofrecen las ideas más profundas, que se remontan a los antiguos atenienses y se prolongan hasta los estudiosos que hoy se interesan por la mente» (p. 241).

Sorprende, de entrada, que considere virtudes la verdad, la belleza y la bondad, cuando, de hecho, filosóficamente, son trascendentales, es decir, cualidades inherentes al ser, junto con la unidad. La exposición tradicional de estos conceptos va ligada a los tratados de ontología y de metafísica y se entiende que son conceptos que se intercambian mutuamente. La belleza, la verdad, la unidad y la verdad son, en último término, lo mismo. Gardner, en cambio, explora cada uno de los conceptos anteriormente citados desde una perspectiva interdisciplinaria que mezcla intencionadamente la perspectiva filosófica, la visión psicológica, el análisis neurocientífico y la digresión autobiográfica.

No hay duda de que es un texto sugerente, a veces provocador, y sobre todo que tiene la virtud, como otros textos del conocido profesor de Harvard, de ser claro en su exposición y brillante formalmente. Desde un punto de vista estrictamente ético, llama la atención que no se haga eco de las teorías de la virtud del siglo XX, especialmente de la obra de Alasdair MacIntyre, *After virtue*, ni de los tratados clásicos de la virtud que incluyen la descripción de las virtudes cardinales: la justicia, la fortaleza, la templanza y la prudencia. Reivindica la ética de las virtudes, pero el tratamiento que hace de ella es difícil de ubicar, porque no se alinea ni en el tratamiento

tradicional de naturaleza aristotélica, ni tampoco lo hace a partir de las virtudes descritas por los pensadores modernos, como, por ejemplo, por David Hume o por René Descartes. Parece ignorar o desconocer toda esta inmensa literatura ética que va de Aristóteles hasta Josef Pieper.

A nuestro entender, lo que configura la bondad de una persona es, precisamente, el cultivo de las virtudes, porque la bondad, estrictamente considerada, no es una virtud en sí misma, sino el resultado de un ejercicio constante y tenaz de hábitos que perfeccionan la persona y la hacen más amable y digna. La verdad tampoco es descrita como virtud en los tratados tradicionales, sino, más bien, la veracidad que se define como el compromiso constante por decir, transparente, lo que son las cosas. La belleza forma parte del tratado de la estética, aunque la elegancia, la sobriedad, el buen gusto sí se pueden calificar de virtudes.

Más allá, sin embargo, de esta confusión semántica que, probablemente, sorprenderá al lector de formación filosófica, el pensamiento de Gardner busca el punto equidistante entre dos extremos que él considera igualmente nocivos y que están muy presentes en nuestro mundo: el absolutismo excluyente y el relativismo permisivista. «El ámbito de “lo bueno” —dice— se ve amenazado por dos fuerzas opuestas: un absolutismo insensato y un relativismo cultural irresponsable» (p. 232). Desde el primero, se articula un discurso excluyente de la bondad, pero desde el segundo se sucumbe al relativismo y, entonces, todo vale. No es un nostálgico, ni un reaccionario, pero critica abiertamente la posmodernidad. Vindica las virtudes del pasado y considera que lo que las hace valiosas es la calidad inherente de las virtudes y las consecuencias que se derivan en la vida personal, familiar y profesional. No argumenta a partir del principio de autoridad, sino a partir de su experiencia profesional y del análisis de las relaciones humanas. Es, por tanto, un discurso de tipo consecuencialista.

Subraya que vivimos en la era del cambio acelerado y que todos los conocimien-

tos y los modelos de vida envejecen muy rápidamente, pero recomienda no olvidar las grandes verdades que provienen del pasado. Escribe Gardner: «Las creencias comunes ya no son lo que eran ni seguirán invariables en las próximas décadas. Lo cual no quiere decir que todo el conocimiento anterior sea evanescente. Algunas verdades prácticas y proposicionales mantienen su vigencia a lo largo del tiempo en la escritura y la edición, en la enseñanza de los jóvenes, en el cuidado de los enfermos, en las ventas, en el mantenimiento de los clientes. Es tan importante mantener esas verdades perpetuas como abrirse a las nuevas» (p. 199).

Especialmente lúcido está en el apartado dedicado a la educación moral de los jóvenes. Entiende que el proceso educativo debe ser integral y que desarrolle todas las facultades y potencias inherentes del ser humano, también su sentido de bondad, de belleza y de verdad. No especifica qué inteligencia nos faculta para percibir estas cualidades, pero subraya que hay que transmitir virtudes para edificar ciudadanos sólidos. No le falta, sin embargo, realismo cuando afirma: «Los padres, las instituciones, las sociedades que pretenden imponer a los jóvenes sus concepciones de las virtudes lo tienen difícil» (p. 185).

Destaca que el ejercicio profesional incluye necesariamente el cultivo de virtudes y que la excelencia depende de la competencia ética y los buenos hábitos y entiende que en esta práctica no sólo cuenta el criterio económico o la rentabilidad. En definitiva, nos recuerda que no vale todo para ganar cotas de mercado. Escribe Gardner: «Cada profesión se organiza en torno a un conjunto de valores esenciales, y es fundamental preservar y cumplir esos valores independientemente de que dicha profesión pase o no la “prueba del mercado”, en un sentido estricto del término» (p. 109).

Otro elemento interesante del libro es la distinción que elabora entre ética y moral. «La ética —escribe— conlleva una capacidad abstracta, una actitud abstracta» (p. 104), y añade: «En el ámbito de la ética

uno piensa en sí mismo según las funciones que desempeña. Pensar en uno mismo como alguien que desempeña un papel requiere la capacidad de 'alejarse' de la propia piel y de las interacciones cotidianas, por así decirlo, para conceptualizarse como trabajador y como ciudadano» (p. 104). Subrayo esta capacidad de distanciamiento, porque es la condición de posibilidad de los actos libres y de una verdadera conciencia crítica. Sólo se pueden valorar los propios actos si se toma distancia de lo que hace y es capaz de reflexionar críticamente sobre las consecuencias y las intenciones de lo que ha realizado. Esta operación permite al ser humano elaborar, también, una crítica de las costumbres, por decirlo al modo de Immanuel Kant.

En definitiva, estamos ante un libro menor de Gardner, pero no por ello irrelevante en su prolífica y amplia bibliografía. Su argumentación a favor de las virtudes es consistente y valiosa y se articula a partir de una mirada pragmática y realista. Contra el modelo exclusivamente darwinista de evolución, Gardner subraya la necesidad de la cooperación, la solidaridad y de la compasión para garantizar el futuro de la especie humana. Es bueno recordarlo de vez en cuando y tomar conciencia de que el modelo de desarrollo basado en la lucha de todos contra todos unilateralmente comprendido no es sostenible y conduce, inexorablemente, al naufragio. Concluye Gardner: «El trío de virtudes, aunque indudablemente evoluciona y es objeto de ataques, sigue siendo esencial para la experiencia y para la supervivencia humanas. No podemos ni debemos renunciar a ellas» (p. 31).—FRANCESC TORRALBA.

COLL, JOSEP M.: *El personalismo dialógico. Estudios 1* (Fundación Emmanuel Mounier, Colección Persona n.º 38, Madrid, 2011). 153 pp., ISBN: 978-84-96611-75-7.

En este volumen n.º 38 de la Colección Persona se recogen los principales artícu-

los o escritos breves de Josep M. Coll sobre el *personalismo dialógico*, publicados a lo largo de más de cuarenta años. Lleva como subtítulo *Estudios 1*, porque la intención del autor es la de publicar otros dos volúmenes, que ya nos anuncia que se titularán *La teología y la filosofía a la búsqueda de su unidad e ¿Intersubjetividad o interpersonalidad?* De esta manera su obra dispersa sobre el personalismo, publicada en buena parte en catalán, quedaría ahora asequible al estar recopilada y traducida al castellano por él mismo.

El autor prefiere la denominación de «personalismo dialógico» a la de «personalismo comunitario», que tiene un significado más general. En efecto, el personalismo dialógico (que durante algún tiempo se llamó también «Dialogik» o «dialógica»), parte siempre del *hecho* de la relación interpersonal, de la relación auténtica y constitutiva entre un yo y un tú, forma de existencia que se contrapone a la relación que solemos tener con las cosas (yo-ello), o con las personas cuando las tratamos como cosas. Pero, según el autor, también es diferente de la relación intersubjetiva o intersubjetividad, que sería el hecho de la relación entre sujetos (racionales y libres) que están ya constituidos como tales antes de la misma relación entre ellos. Este sujeto racional y libre, según los personalistas dialógicos, no sería propiamente «persona», sino sólo «individuo» o sujeto espiritual. Por este motivo los personalistas insistieron tanto en la distinción entre «individuo» y «persona». Los autores que no hacen esta distinción, pero que, en cambio, toman al sujeto humano en singular como centro de su estudio y de su reflexión, pueden dar lugar a una «filosofía de la persona» (usando el término persona no en sentido propio, sino sólo en un sentido muy general), pero, según la concepción del autor, no serían propiamente personalistas. También es posible que estas filosofías centradas en el individuo, denominado impropriamente como persona, considere como una de sus características, entre otras, la dimensión social o la política. Entonces, con frecuen-